

## FELIPE II Y EL MEDITERRÁNEO: LA FRONTERA OLVIDADA Y LA FRONTERA PRESENTE DE LA MONARQUÍA CATÓLICA

Miguel Ángel de Bunes Ibarra  
(CEH; CSIC-MADRID)

**L**a política y la visión del Mediterráneo de Felipe II es uno de los temas sobre el que conocemos casi íntegramente los acontecimientos más significativos y las reacciones del monarca ante las derrotas y las “grandes victorias navales”. Esta suposición ha llevado a que este mar durante el reinado del segundo de los felipes, así como el de Carlos V, se haya quedado retrasado y relegado al olvido en su revisión historiográfica, e incluso archivística, por la consideración de que detenerse en este espacio geográfico durante este momento es reafirmar las opiniones y juicios de los miembros de la escuela de los Annales<sup>11</sup>. La magna obra sobre *el mundo mediterráneo* en la segunda mitad del siglo XVI ha supuesto la fijación de una frontera de carácter cultural, la definida por las creencias religiosas de sus dos orillas, que debe ser cuestionada a la luz de nuevos documentos y desde otras vertientes de investigación. En este espacio confluyen dos grandes Imperios caracterizados por el credo religioso practicado y defendido por sus máximos gobernantes, dos civilizaciones y formas culturas divergentes y diferenciadas y, al mismo tiempo, grandes imperios que luchan por el control del espacio. Estas dos grandes potencias definidas por la religión de sus gobernantes no pueden inducirnos al error de considerar que son bloques monolíticos, sino los dos mejores ejemplos de la antítesis del “estado-nación” o, si se quiere, de monarquías compuestas<sup>12</sup>.

Este antagonismo creencial y vivencial no nos puede hacer olvidar que en estas orillas y aguas también se están dirimiendo muchas cuestiones de índole político y militar que no siempre coinciden con la frontera religiosa, línea que supuestamente define y caracteriza el mundo Mediterráneo en el siglo XVI. Las propias acciones de guerra que tan asiduamente se retratan en los cuadros y tapices del Quinientos no se pueden describir atendiendo exclusivamente a las armadas oficiales organizadas por Madrid o Estambul, sino que es necesario recurrir a las referencias al intenso curso organizado por las Repúblicas Berberiscas, las Órdenes Militares y a las acciones de individuos particulares para situar el mundo bélico de este espacio. Durante el reinado de Felipe II, y con posterioridad a la tregua firmada por el Monarca con la Sublime Puerta, en este

mar se están dirimiendo otros muchos problemas e intereses económicos que los representados por las autoridades civiles y religiosas más importantes del período. Analizar el mundo mediterráneo exclusivamente desde el enfrentamiento de los Imperios, que coinciden con las dos grandes religiones monoteístas, supone reducir excesivamente el espectro de este mundo al obviar todas las fronteras que se pueden fijar en cada uno de los bandos tradicionalmente aceptados y ampliamente definidos. Atendiendo a esta premisa y punto de vista, se pueden apreciar tantas fronteras como estados, poderes, religiones, repúblicas e individuos que forjan y forman la vida de este mar.

Lo que se establece claramente durante el largo reinado de Felipe II, en especial en la época de 1580, es la fijación y el inmovilismo de las posiciones y de las áreas de influencia en este espacio. Después de este año sólo podemos anotar pequeños retoques y ajustes territoriales, aunque vengan precedidos y anunciados por grandes campañas bélicas, en los limes del Danubio, el Adriático, en la línea costera en las estribaciones del mar de Alborán y en el Atlántico magrebí. El establecimiento de esta situación de "status quo" tampoco es imputable íntegramente a la voluntad de las cabezas rectoras de los Imperios sino a una serie de circunstancias, a las que no son ajenas el siempre relevo generacional o el mayor peso político del Norte de Europa, que marcan que las directrices políticas sean diferentes. Es posible que la "gran guerra" mediterránea no se vuelva a reproducir en los años siguientes a la muerte de don Sebastián de Portugal<sup>(3)</sup>, lo que no significa que los problemas y enfrentamientos en este mar se acabaran con las treguas entre españoles y otomanos, sino que sólo se han fijado las máximas líneas de dominio y supuesto control ejercido desde las respectivas metrópolis, lo cual no deja de ser un supuesto más teórico que real.

Sin entrar a desgranar los principales acontecimientos mediterráneos a partir de la pérdida definitiva del fuerte tunecino de La Goleta, época que se podría definir como del abandono de las posiciones<sup>(4)</sup> por parte de la Monarquía Católica, el mundo bañado por las aguas de esta cuenca no varía demasiado en sus maneras y formas. El Mediterráneo del siglo XVI, o por lo menos su parte occidental, genera unos caracteres que se mantendrán inmutables durante todo el siglo, e incluso en el siguiente, que establecen una sensación de continuismo y de quietud. La guerra capaz de movilizar a miles de individuos y cientos de embarcaciones ha desaparecido de sus aguas, pero la vida de los hombres que habitan sus riberas no ha cambiado substancialmente de una fase a otra. Los sistemas de defensa de costa se van sucediendo de época a época, que en el caso español pasan de las atalayas califales a las nazaríes para seguir con las torres redondas del siglo XVI que tienen como fin avisar de los ataques y de la proximidad de las embarcaciones que desean cautivar hombres, que se completan con las que se edifican en los siglos XVIII y XIX para evitar el contrabando de mercancías. Hasta la extinción de las fronteras, que trae aparejada la pérdida de importancia de los presidios y la ruina de las regencias berberiscas, el ambiente cultural y humano de estas aguas será semejante, lo que se aprecia claramente en las diferentes crónicas de cautivos y rescatadores desde el curso de Hayreddin Barbarroja hasta el que hacen los corsarios anónimos de Argel o Salé de finales del siglo XVII, pudiendo referir también ataques corsarios en frente de Cartagena en los primeros años del siglo XIX. Las hazañas de Dragut, Cachi-diábol o el capitán Alonso de Contreras eran exitosas cuando venían acompañadas de

un enorme botín que solía consistir en cargamentos de trigo, tejidos, algún objeto suntuoso y, sobre todo, por cautivos de rescate por los que se podrían financiar las próximas expediciones y disponer de fuerza motriz para bogar en los trirremes de las naves de bajo borde para volver a salir a buscar nuevas presas y tierras que atacar. La captura de hombres se convierte en el motor de una actividad y un espacio, dinámica en la que están implicados todos los estados del momento. Igual de cautivo fue Pedro Urde-malas que el capitán de El Quijote, y ambos dos se definen por su condición y las penalidades pasadas, con independencia del lugar donde las padecen y de los sultanes y reyes que gobiernan durante los lustros de pérdida de libertad.

Las aguas de la cuenca después de Lepanto van a ver el máximo desarrollo de la actividad por la que se articularon las primeras conquistas en el Magreb por parte de los españoles. La lucha contra el corso marítimo y el sometimiento de las ciudades que sirven de refugio a estas embarcaciones explican las empresas del conde Pedro Navarro y del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, e incluso son razones aducidas por Selim I y Solimán el Magnífico para atacar Rodas y Malta. El ataque contra las naves y las ciudades que albergan el corso es lo que unifica a todos los gobernantes de este espacio, con independencia del credo religioso que representan, lo que vuelve a permitir la repetición de la idea del continuismo de la vida del mar durante los dos primeros siglos de la Edad Moderna. Si los berberiscos norteafricanos son el azote cristiano occidental, los caballeros de San Juan y los uscoques van a ser las pesadillas otomanas.

Desde el punto de vista militar y político al final del Quinientos se ha logrado parar el avance del adversario en cuanto a sus apetencias territoriales, pero el gran precio que se paga es el de abandonar a los súbditos ribereños y a los navegantes que lo surcan a los ataques de los corsarios, sin entrar a definir la religión que profesan y el pabellón de galera por el que combatan. Los “ladrones con patente” son los grandes triunfadores del conflicto entre civilizaciones o del antagonismo de los imperios, estos supuestos desheredados de la milicia oficial y de los circuitos económicos tradicionales que van a establecer fronteras humanas y económicas dentro de las áreas controladas por cada una de las potencias. El corso, a la postre, crea sus propios limes y reglas, lo que trastoca íntegramente todo el mundo de las fronteras tradicionales establecidas por la visión oficial de los acontecimientos y por la historiografía posterior. Tanto los cristianos como los musulmanes lucharon por insertar escuadras corsarias o por apadrinar ciudades dedicadas a esta actividad dentro del espacio dominado por el adversario, política que rompe cualquier teoría general sobre las fronteras inmutables en el Mediterráneo. Los aliados de diferente religión de los dos Imperios apoyaron a estas urbes para dañar al adversario, tal es el caso francés para los argelinos o los aliados berberes para los españoles, aunque a la larga estas alianzas se vuelvan en contra de los implicados en las mismas<sup>(6)</sup>. El corso siempre necesitó libertad y alejamiento geográfico del poder del que depende para ser efectivo y fructífero, por lo que posibilitó sociedades nuevas y cambiantes, mundos puros de frontera desde el punto de vista humano, que establecen diferencias con respecto a las sociedades tradicionales, fenómeno especialmente significativo y demostrable durante el reinado de Felipe II.

Según esta visión parcial del antagonismo político del Mediterráneo durante el siglo XVI, el corso es el gran transgresor de las fronteras filipinas, a la vez que una actividad

armada que se encuadra dentro de las maneras tradicionales de vivir de este espacio. Las organizaciones políticas que crean estas gobernantes son "repúblicas nuevas"<sup>(6)</sup> que no se acomodan a los grandes tratados de paz o a las treguas. En ellas se podía fijar la libertad de los cautivos o la entrega de un territorio pero en ningún momento se podía impedir que estos hombres salieran a navegar, cuestión que no pretende en ningún momento Felipe II en sus tratos con los gobernantes de Estambul, lugar de donde dependen los argelinos, ni el sultán del rey que defiende las acciones militares de la Orden de Malta<sup>(7)</sup>.

Carlos V tuvo durante buena parte de su mandato la idea de establecer ligas defensivas y ofensivas para contrarrestar los avances otomanos<sup>(8)</sup> por los Balcanes y el Mediterráneo central y occidental. Para asegurar la presencia española en Berbería central, Orán y La Goleta estableció reinos dependientes y feudatarios en Tremecén y Túnez, protectorados sobre territorios y gobernantes islámicos, a semejanza de lo ocurrido en el medievo hispano, política que se saldó con un enorme fracaso<sup>(9)</sup>. Felipe II se mantuvo dentro de los límites de una política de corte defensivo, e incluso de abandono de las posiciones ganadas durante los reinados anteriores, que marcan un punto de cesura claro entre la primera y la segunda mitad de la centuria<sup>(10)</sup>. Dentro de un mismo reinado se pasa de un regente ambicioso que no acepta que ciertas posiciones españolas en Berbería sean asediadas por los jenizaros dependientes del diván argelino, hasta un monarca deseoso de firmar una paz universal con la Sublime Puerta<sup>(11)</sup> y que acepta la pérdida del fuerte de la Goleta por la conquista del beylerbey de la ciudad de Argel.

La política que Felipe II desea realizar es la de crear una frontera conformada por territorios y áreas de contención de un hipotético avance osmanlí al occidente. Exclusivamente la voluntad de Pío V y las necesidades de situar las áreas de dominio después de los grandes ofensivas marítimas procedentes de Estambul, después de la muerte de Solimán el Magnífico, movieron a los grandes estados marítimos cristianos a unirse en una empresa común<sup>(12)</sup>. Una vez que los otomanos desistieron de seguir dominando las islas y las costas de este mar, abandono que es independiente de la derrota o la victoria en las aguas de la actual Grecia y que debe de ser imputable a cuestiones puramente interiores, era ilógico seguir manteniendo un frente abierto permanente. La paz con el adversario después de la "gran victoria naval" o de la recuperación de Túnez por las armas jenizaras era un acontecimiento honorable y honroso a los ojos de la propia comunidad. Se podría abandonar un frente bélico, donde se ha demostrado ser superior al antagonista, para ir a dominar otras zonas de conflicto de cada uno de los grandes imperios del siglo XVI, dejando siempre en evidencia y escribiendo de manera destacada que el "yihad" y la "cruzada" para recuperar las tierras al enemigo de la religión seguían siendo objetivos prioritarios y el primer punto del decálogo de los gobernantes mediterráneos, que en Felipe II se representa en el príncipe cristiano que recuperará Jerusalén. No podemos olvidar que estos mismos gobernantes son conscientes de que el poder de sus ejércitos es eminentemente terrestre, dejando las cuestiones marítimas a corsarios y a flotas de defensa de costa una vez que desaparecen las grandes acciones armadas.

La creación de fronteras estables suponía que se dejaran de realizar los enormes gastos de las armadas mediterráneas, muy caras de mantener y que desaparecían con enor-

me facilidad por la acción de los contrarios o los efectos de las tempestades<sup>(13)</sup>, a la vez que un amurallamiento de las líneas de costa para fijar perfectamente las posiciones de los contendientes y defender a los habitantes por medio de sistemas más baratos que la de construir o alquilar enormes flotas y armadas. Para que esta política tuviera éxito se debían fijar posiciones que sirvieran de elemento intermedio entre los dos contendientes. Los presidios norteafricanos, bien sean los mediterráneos como los atlánticos, éstos últimos especialmente importantes tras la anexión de Portugal a la Corona, van a ser el medio para vigilar las acciones de los corsarios y los que tendrán que controlar los corredores de comercio y comunicación de los ataques marítimos. Para los españoles este tema se considera que quedará adecuadamente solucionado cuando se acabe con la ansiada conquista de Argel en el Mediterráneo<sup>(14)</sup>. Las conversaciones de Felipe II con Ahmad al-Mansur para la entrega de Larache, o el canje de esta ciudad por Mazagán<sup>(15)</sup>, se pueden interpretar como un nuevo intento de crear una línea de costa segura en el otro lado del Estrecho por medio de presidios y guarniciones estables para vigilar los avances y las andanzas de los navegantes con "patente" del bando musulmán, además de articular las posesiones en el Atlántico marroquí de una manera simple y sencilla. Las plazas norteafricanas siempre fueron objeto de discusión en los consejos y entre las secretarías de la monarquía, cuestión no apreciable tan nítidamente en otras áreas controladas desde el alcázar madrileño. La lucha contra los musulmanes, bien sean los otomanos como los magrebíes, y la reconquista de Jerusalén fueron siempre empresas encomiables que continuamente se aplazaron y fueron tildadas de inadecuadas e inconvenientes, aunque altamente deseables y encomiables para la nación hispana. Es una monarquía y un país que se definen por su catolicidad y la defensa de un pasado antiislámico que, sin embargo, abandona y se olvida de África y el Islam por el Norte de Europa y los reformados<sup>(16)</sup>. Es, en conclusión, un país que no vuelve a entrar nunca en la disputa por el control de este mar, proceso que se muestra tanto en los acontecimientos políticos como en la pérdida del conocimiento de la religión y la geografía de los adversarios tradicionales de la corona hispana.

Estamos ante la formulación de una política defensiva, política que se quiere llevar a la práctica por medio de una línea fortificada que recuerda las antiguas marcas medievales, sistema al que también se recurre para controlar los territorios más alejados en el Nuevo Mundo. Los presidios norteafricanos<sup>(17)</sup> sirven para asegurar las aguas que se otean desde sus anticuados y desgastados bastiones a la vez que para infundir miedo y presión al sultán, gobernador o autoridad musulmana próxima, además de someter o despoblar las tierras circundantes. Recordando a uno de los grandes maestros del estudio de Berbería, someter el territorio por medio de la ocupación restringida del espacio<sup>(18)</sup>. Este sistema se muestra rápidamente como una manera muy poco adecuada para tener una presencia real en el territorio, aunque suficiente para fijar una frontera. Desde pocos años después de la llegada española al Magreb se pone de manifiesto que el limes fijado al otro lado del mar tenía enormes inconvenientes y era excesivamente caro, lógica consecuencia de vivir a espaldas del territorio. Este mismo juicio se puede realizar en relación a la ciudad de Argel, urbe que es cabeza de un reino en el que hay que cobrar los impuestos por medio de auténticas expediciones militares y por el que existe una elevada guarnición de jenízaros anatólicos ajena a la actividad esencial de la ciu-

dad. Si el segundo de los Barbarroja no hubiera decantado abiertamente el destino de la ciudad hacia el corso marítimo, el Imperio Otomano hubiera tenido un presidio igual de caro, costoso y poco atractivo como los gobernados por España. Las guarniciones hispanas al depender íntegramente de la metrópoli<sup>(19)</sup>, se transforman en rémoras para el monarca católico, incluso la floreciente e importante Orán después de las carísimas edificaciones Antonelli<sup>(20)</sup>, por lo que siempre se estuvo pensando en abandonarlos. Durante los decenios del gobierno de Felipe II ha quedado completamente de manifiesto que estos territorios no se defienden ni se abastecen por sí solos, sobre todo después de la llegada de los otomanos y su injerencia en la política de esta parte de Berbería, por lo que se empieza a pensar en ellos en función de otros sistemas. El modelo carolino de reinos dependientes vigilados por fuertes y guarniciones españolas no funciona, por lo que Felipe debe de buscar otra manera de articular la frontera. Las pequeñas embarcaciones de los presidios, escasas y demasiado diminutas en comparación con los argelinos o tripolitanos, tampoco valían para controlar el mar, e incluso tampoco para impedir los progresos de las armadas corsarias, por lo que el modelo de ciudad estado a lo argelino, tunecino o maltés no sirve para estos promontorios rocosos. La única salida de Felipe II para impedir que todo África sea otomana es crear una frontera conformada por un sistema mixto: presidios y guarniciones articulados con aliados y territorios musulmanes dependientes en alguna manera de la Monarquía. En concreto, el Marruecos sa'dí es la verdadera frontera, el limes fluctuante y activo, que sirve para detener y amenazar a los otomanos instalados en las regencias berberiscas<sup>(21)</sup> y la verdadera pre-ocupación y línea de actuación de Felipe II en las últimas décadas de su reinado.

La llegada de los navegantes de levante a poniente en la época del Emperador había supuesto un cambio radical en el mundo Mediterráneo. El dominio de los apátridas hermanos Barbarroja de la ciudad de Argel y los primeros intentos de crear un nuevo reino al conquistar Tremecén siembran el desconcierto en el otro lado del Estrecho de Gibraltar, situación que intenta ser controlada por el mantenimiento de la guarnición en el Peñón de Argel y por la acción de los soldados fronterizos oranenses restableciendo el orden tradicional en el reino situado entre Fez y Argel. Esta intensa política española en el Magreb va a desencadenar dos reacciones divergentes: la alianza de los corsarios ponentinos con la Sublime Puerta al aceptar el sultán Selim I las disculpas por haber apoyado las pretensiones de uno de sus hermanos en la época de la sucesión al trono y la aparición de una dinastía nueva en Marruecos que aglutina la mayor parte de los territorios en su lucha contra la injerencia extranjera, bien sea de musulmanes de oriente o de cristianos de occidente. En ambos movimientos influye decisivamente la acción de los hombres de religión del territorio, inspirada en las corrientes morabíticas tan extendidas en el Magreb<sup>(22)</sup>, que ven en estos nuevos gobernantes los hombres que restauren el orden sobre estos territorios.

Las rápidas conquistas otomanas en el otro lado del Mediterráneo hacen que en 1519 las líneas de costa desde la mitad del Adriático hasta las estribaciones de Orán sean controladas desde Estambul. Sólo queda Túnez y su baluarte estrellado de La Goleta como único punto discordante en este mapa continuo, situación que es solventada definitivamente durante el gobierno del incompetente Selim II que se hace con el dominio del golfo del Estaño y de la isla de Chipre, territorio veneciano en la mitad del Mediterrá-

neo que impedía el completo dominio del Mediterráneo oriental por las escuadras otomanas. La consecuencia de las acciones de ambos contendientes es que la frontera entre la Monarquía Hispánica y el Imperio Otomano varía de sentido, variación que se mantendrá durante toda la época de los Austrias, pasando de ser una imaginaria línea marítima horizontal a una oblicua cuyos vértices se instalan en Mazalquivir-Orán y Ragusa. Cada uno de los contendientes domina e intenta cobijar a las poblaciones localizados en estas zonas de la costa, quedando sólo un territorio islámico fuera del imperio de los otomanos: las tierras controladas por la dinastía sa'dí. Dejando a un lado los enfrentamientos por las ciudades portuarias de Túnez y Mazalquivir, las grandes batallas que se pueden anotar en la época de Felipe II, después de la fijación y el establecimiento de las posiciones estables entre las dos grandes potencias marítimas en la primera mitad del siglo, se desarrollarán por el control de las islas y los peñones (Los Gelves 1560, Malta y el Peñón de Vélez en 1565 o Chipre en 1570) que están cerca de la línea divisoria. Los movimientos y las acciones de las grandes armadas oficiales se centrarán en el control de este espacio medio entre los dos contendientes, y las dos grandes batallas marítimas del siglo XVI Mediterráneo se desarrollan a pocas millas náuticas de distancia, en La Preversa y en Lepanto, ambas en las aguas cercanas a las tierras de la actual Grecia y Albania.

La gran frontera entre españoles y otomanos se establece compartimentando el mar entre el área que los otomanos denominan "Mar Español"<sup>(23)</sup> "Ibahr-i Isbaniye" y los territorios que para los habitantes de la península habían sido las zonas de comercio tradicionales de los venecianos o que habían pertenecido siempre a los cristianos ortodoxos. Las tierras que ahora se encuadran dentro de los límites y posesiones de los otomanos en las tierras europeas resultaban extrañas y distantes para los propios españoles de la época de Carlos V y Felipe II, como se pone de manifiesto en los escasos textos españoles que se centran en ellos<sup>(24)</sup>. La política de la monarquía sobre estas zonas, en especial según avanza el reinado de Felipe II, así lo va corroborando durante estas décadas. Este distanciamiento se irá acrecentando a lo largo de todo el siglo XVII<sup>(25)</sup> y pone de manifiesto el alejamiento físico y de intereses con que se ve desde la península las acciones en estas tierras<sup>(26)</sup>. El golfo de Lepanto ha quedado en la conciencia colectiva española, y en general en la de la cristiandad occidental, como un lugar memorable por haber visto "la gran batalla naval", la mayor victoria de la Cristiandad. La mención de Lepanto suele esconder y hacer olvidar otros nombres del continente europeo cercanos a la costa dálmata que no culminaron con tan buenos augurios. En Castilnovo, La Preversa y la Cefalonia se han escrito alguno de los episodios más ilustres de las armas de los tercios españoles, aunque también alguno de los episodios más luctuosos para las armadas de los Habsburgo. Lepanto tampoco nos puede hacer olvidar que las acciones de Doria por esta parte del Mediterráneo eran recibidas con enormes críticas y reparos por los representantes de Cortes al afirmar que se estaba gastando el dinero en empresas y lugares que no afectaban a los intereses reales de la Península. La Morea era un territorio que dependía de Venecia y no de España, por lo que emplear hombres, barcos y recursos financieros del reino era loable exclusivamente por el papel del rey de ser el defensor de la Cristiandad, el monarca que levanta el asedio a la "Iglesia sitiada por los infieles"<sup>(27)</sup>. Las exigencias impuestas por Felipe II para entrar

a formar parte en la Santa Liga, la futura conquista de la ciudad de Argel después de parar a la flota otomana en las aguas donde se mueven las naves mercantes venecianas, supone la asunción del ideario y los anhelos hispanos con respecto al lugar de donde viene el peligro. La imposibilidad de conquistar la ciudad berberisca, imposibilidad que viene de la mano de las presiones francesas ante el papado, puede fijar la idea de un cierto fracaso en las ambiciones y los planes primigenios de Felipe II con respecto a la Santa Liga.

Este dato sirve para cuestionar las formulaciones establecidas por la historiografía sobre los límites y los caracteres de las fronteras mediterráneas. Las líneas donde se enfrentan los grandes Imperios que defienden los dos grandes credos monoteístas que confluyen en estas aguas son claras y nítidas, como ponen de manifiesto las batallas y las grandes acciones armadas, pero no nos pueden hacer olvidar que dentro de cada uno de ellas se establecen subdivisiones y apartados, grandes fronteras y pequeñas fronteras que se sienten cercanas o lejanas dependiendo del lugar donde consultemos la documentación. Lepanto es una gran afrenta para los otomanos por ser una batalla que se produce dentro de los límites que se consideran propios por el Imperio Otomano, de la misma manera que el asalto de la Ciudadela de Menorca en 1559 por una armada conjunta otomano-francesa es un durísimo golpe para el mundo español por llevarse a miles de cautivos de las mismas puertas de Cataluña, de un espacio que se considera relativamente seguro y propio. La reacción otomana va a ser inmediata y drástica, recomponer rápidamente la armada y llamar a Eulç Alí, el Uchalí cervantino, al navegante más afamado del momento para recomponer el poder marítimo del sultán. Selim II hace lo mismo que su padre cuando llama a Barbarroja a Estambul al tener los primeros reveses en su política mediterránea por la importancia que adquiere Andrea Doria en las armadas imperiales. El destino de Argel vuelve a estar en las manos del "kaptan derya" (comandante de la flota otomana) que gobierna la urbe desde las aguas del Bósforo, a la vez que refuerza su fama de inconquistable y de que sus navegantes son los marinos musulmanes más peligrosos del momento, prestigio basado en esta ocasión en que su flota íntegra ha logrado huir indemne de las aguas de Lepanto. Felipe II también actuó rápida y unilateralmente cuando las armadas otomanas desembarcaron en las proximidades de La Valeta, ya que la defensa de la "Religión" está casi completamente a su cargo después de que su padre le entregara los límites de la isla de Malta para que siguieran siendo los cruzados de las cristiandad contra el Islam. En esta empresa hay, por lo tanto, un compromiso religioso a la vez que patrimonialista por parte del monarca, lo que hace que actúe con la celeridad y rapidez que el peligro y su prestigio requiere, sobre todo si comparamos su comportamiento con respecto a otros sucesos, incluido su propia entrada en la Santa Liga.

Estas definiciones nos ponen en la pista de nuevas fronteras en la mente de los habitantes del siglo XVI. Túnez era una ciudad que había estado siempre en la órbita de los intereses comerciales y militares de la Península<sup>(28)</sup>, al igual que la isla de Djerba<sup>(29)</sup>, por lo que en ellas se juntan las ideas patrimonialistas de la Corona con las de la restauración del legado que se consideraba como propio por el pasado cercano y lejano de los diferentes reinos de la Península<sup>(30)</sup>. En el caso concreto de Argel y Los Gelbes, como otras ciudades del Atlántico y el Mediterráneo marroquí, se asocia con el corso, por lo



que siempre se considera que es objetivo prioritario de los españoles. La identificación de corso con una acción islámica que tiene una vocación antiespañola es una de las simplificaciones más características de la vida de frontera del siglo XVI. Retratos de grandes corsarios norteafricanos se guardaban en forma de grabados o cuadros en los palacios reales, a semejanza de lo realizado por Paolo Govio con su galería de retratos de hombres ilustres<sup>(31)</sup>, mostrando la importancia de estos personajes y la actividad que desempeñan, al ser los hombres que están conformando la verdadera frontera de los españoles en el mar:

*Todas las cuales cosas, en general, son las que contiene este libro. Las cuales me ha parecido de recoger aquí, en suma, par que Vuestra Magestad, teniéndolas consideradas, mande ver lo que conviene para obviar y deshacer al enemigo infiel. Y a los daños que por aquellas partes puede y procura de continuar, como Vuestra Magestad, con tan gran cristiandad y celo del servicio de Dios, y su ayuda y favor, lo hace, y como lo esperamos, en su divina clemencia, para gloria suya y ensalzamiento de su universal iglesia<sup>(32)</sup>*

El corso dependiente de los otomanos fue adquiriendo más peligro cuando algunas de las personas asociadas a él se transformaron de hombres de mar a infantes terrestres. La conquista de Túnez por Eulç Alí, el único militar de prestigio islámico que sale indemne de Lepanto al mando de todas las embarcaciones argelinas, supone que la Ifriqiya de Juan León el Africano, el África propia de Luis del Mármol, pase a depender del gobierno de la ciudad dominada por los navegantes levantinos desde la época del mayor de los Barbarroja. La injerencia de la nueva potencia regional en los asuntos internos de la dinastía sa'dí marroquí convence a Felipe II de cual es el verdadero peligro y donde debe crear una frontera para impedir verse cercado por el enemigo de la religión. Asegurar el otro lado del Estrecho de Gibraltar también suponía robustecer las fronteras interiores, sobre todo después del final de la Guerra de las Alpujarras, ya que significa aislar a los moriscos de sus correligionarios más cercanos. De cualquier manera el mundo andalusí ya no era el predominante dentro de los órganos directivos de la ciudad corsaria, sino que el contingente de procedencia italiano estaba desbancando a los antiguos nacidos y expulsados de Andalucía<sup>(33)</sup>. Como definió perfectamente A. C. Hess las actuales tierras de Marruecos se vuelven el auténtico problema mediterráneo de Felipe II, tanto antes como después de Alcazarquivir; la frontera olvidada y presente mantenida por medio del obsoleto sistema de presidios y contribuyendo a los diferentes juegos de alianzas entre los diferentes príncipes de la nueva dinastía<sup>(34)</sup>. Para los sultanes de Marrakus la frontera no se establece en los alfores de los presidios hispano-portugueses ni en las áridas tierras cercanas a Tremecén, sino que está en el mantenimiento de la independencia ante dos enemigos demasiado poderosos para un estado como el Sa'dí en el siglo XVI<sup>(35)</sup>. Los sultanes tienen más miedo a la lejana Sublime Puerta estambulota, que ante sus ojos se presenta como único califa y cabeza del Islam, que al cercano monarca cristiano demasiado enciscado en los asuntos europeos y del mar del Norte que se le agolpan continuamente y con demasiada contundencia sobre su mesa a finales de su vida y reinado. El Mediterráneo cercano a las béticas y los algarbes intenta ser utilizado por las nuevas potencias que luchan contra el anciano Felipe II después de su enorme victoria de Lepanto, pero nuevamente será valioso el juego diplomático para atajar los movimientos ingleses y holandeses en esta zona, así como la bús-

queda de aliados para desestabilizar a los adversarios e impedir que se conjuren al unísono contra él.

Acercarse al Mediterráneo filipino, mar que durante su reinado se puede extender hasta la lejana Persia y el Estrecho de Ormuz para buscar aliados y abrir frentes militares nuevos para asegurar la paz de la cuenca interior<sup>36)</sup>, no es una tarea baladí sino un ejercicio de reflexión y de búsqueda de nuevas explicaciones a viejos y a tradicionales acontecimientos de armas. Felipe II no piso los arenales del continente africano como su padre, igualado por esta campaña a las del romano Escipión, aunque ha pasado a ser descrito por la historiografía más tradicional como el sojuzgador de la armada otomana. Visto desde esta perspectiva el Mediterráneo es un mar sencillo y con una sola dirección, la marcada por el antagonismo de los dos grandes Imperios que confluyen en él. La somera descripción de la *frontera olvidada* y la *frontera presente de la Monarquía Católica* realizada en estas páginas lo que pone de manifiesto es que si divisamos estas aguas desde los diferentes puertos que se abren en ellas se dibujaran tantas líneas de puntos y rayas como direcciones elijan nuestros ojos. Los vértices están tanto dentro de los diversos reinos y las ciudades-estado confederadas con la Monarquía como en las dársenas, fondeaderos y bajíos dominados por el antagonista religioso. El Mediterráneo, tanto el de Felipe II como el actual, es un mar que se forja por cada uno de los hombres y ciudades que se abren a él, lo que nos permite asegurar que sigue siendo un mar de encuentros y de descubrimientos, aún a pesar de que la mayor parte de sus calas y playas sean conocidas. Es un espacio y un universo de trabajo demasiado abandonado a su suerte y que, sin embargo, resulta imprescindible para entender a Felipe II en toda su dimensión, bien por la lectura de los viejos libros y manuscritos como por la apertura de nuevos legajos o por la simple exposición de historia comparada.

## NOTAS

- <sup>(1)</sup> La importancia de la Escuela de los Annales en la fijación del mundo mediterráneo no se debe fijar exclusivamente en la figura de Fernand BRAUDEL en su libro sobre *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, París 1948, sino también por el estudio de otros de sus miembros sobre temas que atañen directamente a alguno de los problemas que se desarrollan en este mar, como podría ser el caso de H. LAPEYRE, *Géographie de l'Espagne morisque*, París 1960.
- <sup>(2)</sup> Toda esta terminología para definir a la Monarquía Hispánica y al Imperio resulta bastante compleja de utilizar, ya que se pueden poder adjetivaciones divergentes sobre cada uno de estos conceptos, comenzando por la propia definición de nación para la Edad Moderna o, como resulta obvio, la de monarquía para referirse al sultán otomán; véase J. H. ELLIOTT, "A Europa of Composite Monarchies", *Past and Present*, 137 (1992) págs. 48-71. M.Á. de BUNES IBARRA, *Unidad y pluralidad en el Imperio Otomano*, en *Las Monarquías del Antiguo Régimen, ¿monarquías compuestas?*, De. de C. Russel y J Andrés-Gallego, Madrid 1996, pp. 141-149.
- <sup>(3)</sup> Sobre la situación del Mediterráneo después de la muerte de Don Sebastián en Alcazarquivir véase M. Á de BUNES y E. GARCÍA HERNÁN, "La expedición de D. Sebastián y el mundo Mediterráneo de finales del siglo XVI", *Hispania* 187 (1994) págs. 447-465.
- <sup>(4)</sup> M. GARCÍA-ARENAL y M. Á. de BUNES, *Los españoles y el Norte de África (siglos XV-XVIII)*, Madrid 1992, págs. 107-161. Desde 1540, para el caso portugués, y 1570, para el caso español, se acaban las conquistas en el Magreb, tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico, por parte de las armas cristianas. La falta de interés por la expansión en el Norte de África se debe a la importancia de otros ámbitos geográficos para las dos coronas, así como a los repetidos fracasos y el coste económico que supone su presencia en las actuales tierras pertenecientes a Marruecos. La política defensiva de Felipe II es la mejor demostración del intento de desactivación de este frente.
- <sup>(5)</sup> Resulta muy significativo que los aliados de las dos grandes repúblicas corsarias de los siglos XVI y XVII, los franceses para Argel y los holandeses para Salé, terminen bombardeando las ciudades y puertos de sus hipotéticos aliados. Cuando la Monarquía Hispánica deja de ser un peligro no interesa seguir potenciando al corso, por lo que se decide acabar con él destruyendo sus bases de dominio. Evidentemente nos encontramos ante una política diametralmente opuesta a la propugnada por los reyes españoles en el siglo XVI; C. H. JULIEN, *Histoire de Nord de l'Afrique du Nord*, París 1952.
- <sup>(6)</sup> Las dificultades que encuentran en la adquisición del principado nacen en parte de las nuevas instituciones y modos que se ven forzados a introducir para fundamentar su Estado y su seguridad" *De principatibus novis qui armis propriis acquiruntur*, N. de MAQUIAVELO, *El Príncipe*, Madrid 1981, pág. 49.
- <sup>(7)</sup> J. SALVA Y RIERA, *La orden de Malta y las acciones navales españolas contra turcos y berberiscos, siglos XVI y XVII*, Madrid, 1944.
- <sup>(8)</sup> AGS, E. 66, fol 38r-40v. La acción diplomática de Diego Hurtado de Mendoza en 1539 estuvo presidida casi íntegramente en lograr este acuerdo con la Señoría de Venecia., además de para montar una excelente red de espías españoles en la Sublime Puerta que le sirven tanto para controlar los movimientos de los otomanos como para comprar manuscritos griegos que se integran en su biblioteca, luego confiscada por Felipe II para el monasterio de San Lorenzo de El Escorial.

- <sup>(9)</sup> Especialmente significativo de esta tendencia son los tratados de paz firmados con las autoridades de Túnez y Tremecén por el Emperador, cf. MARINO, P. *Tratados internacionales de España. Carlos V; España-Norte de Africa*, Madrid, 1980.
- <sup>(10)</sup> HESS, A. C. *The Forgotten Frontier*, Chicago, 1978.
- <sup>(11)</sup> Además de la tregua firmada entre los dos grandes Imperios de 1580 hay que referir las negociaciones de paz frustradas de 1559. El fracaso de estos acuerdos se deben a los deseos de Solimán de no incorporar a las dos ramas de los Augsburgo dentro de un mismo tratado y a ciertos problemas en los tratos dentro de los difíciles acuerdos que se firman con la Sublime Puerta, P. BRUMMETT, *Ottoman Seapower and Levantine Diplomacy in the Age of Discovery*, Nueva York 1994.
- <sup>(12)</sup> E. GARCÍA HERNÁN, "Pío V y el mesianismo profético", *Hispania Sacra* 91 (1993) págs.83-102. Felipe II se mostró al principio muy reticente a entrar en una Liga de futuro incierto y de un coste económico demasiado elevado que iba a combatir en aguas muy alejadas de las tierras castellanas.
- <sup>(13)</sup> F. OLESA MUÑIDO, *La galera en la navegación y el combate*, Madrid 1971.
- <sup>(14)</sup> Argel es la auténtica obsesión de los españoles desde la época de Carlos V a la de Carlos II, pudiéndose referir tal cantidad de documentación e historias generales de la ciudad que sería una línea de investigación propia, tales como los *Apuntamientos que se dieron a Felipe III sobre la jornada que quería hacer; año 1619*, BNM, ms. 12959-3.
- <sup>(15)</sup> A. DIAS FARINHA, *História de Mazagao durante o período filipino*, Lisboa 1970.
- <sup>(16)</sup> La idea de que el monarca español sería el encargado de recuperar la Ciudad Santa para la Cristiandad empieza a gestarse en la época de los Reyes Católicos y se puede rastrear perfectamente durante toda la época de los Austrias, A. MILHOU, *Colón y la mentalidad mesiánica en el primitivo franciscanismo español*, Valladolid 1983, cap. III.
- <sup>(17)</sup> ALONSO ACERO, B. *Orán y Mazalquivir en la política norteafricana de España (1589-1639)*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense, 1997, págs. 20-25.
- <sup>(18)</sup> R. RICARD, "Le problème de l'occupation restreinte dans l'Afrique du Nord (XV-XVIII siècles)", *Annales d'Histoire Economique et Social*, 8 (1936) págs. 426-437. La formulación de las diferencias en la ocupación del espacio entre españoles, portugueses e ingleses siguen siendo válida según fueron planteadas por Ricard, siendo este sistema impuesto por las especiales características del Magreb a principios del siglo XVI.
- <sup>(19)</sup> Las quejas sobre la dificultad del mantenimiento de los presidios y la pobre vida de sus guardaciones se reciben desde los mismos años de la conquista de las ciudades norteafricanas, véase R. GUTIÉRREZ CRUZ, *La presencia española en el Norte de África: el sistema de presidios en la época de los Reyes Católicos (1497-1516)*, Tesis Doctoral, Universidad de Málaga 1994, 2 vol. y CODOIN, CXII.
- <sup>(20)</sup> Para ampliar informaciones sobre el factible abandono de Orán tras la pérdida de Túnez de 1574 véase B. ALONSO ACERO, Op. cit. págs. 13-14 y CODOIN, CXII.
- <sup>(21)</sup> A. CÁMARA MUÑOZ, *Arquitectura y sociedad en el siglo de Oro: idea, traza y edificio*, Madrid 1990.
- <sup>(22)</sup> M. GARCÍA-ARENAL, "Mahdí, murabit, sharif: l'avènement de la dynastie sa'dienne", *Studia Islamica*, LXXI (1990), págs. 77-114, A. COUR, *L'établissement des dynasties des chérifs au Maroc et leur rivalité avec les Turcs de la régence d'Alger (1509-1830)*, Paris 1905.

- <sup>(25)</sup> "Akdeniz Karadeniz iy nâ mudâr Bahr-i Isbaniye dahî istihâr" PIRI REIS, *Kitab-i Bahriye*, Estambul 1988, pág. 83.
- <sup>(26)</sup> El conocimiento español sobre los territorios venecianos, que luego pasan a ser otomanos tras las exitosas campañas de Solimán el Magnífico es bastante parcial y limitado, véase el *Viaje de Turquía*, Edi de F. García Salinero, Madrid 1980, cap. XI y XII parte II. Según avanza el siglo XVI las descripciones de este territorio van siendo cada vez más limitadas hasta llegar generarse arquetipos y tópicos que sirven para definir a este espacio y las gentes que lo habitan, M. A. de BUNES, *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en la España de los siglos XVI y XVII. Los caracteres de una hostilidad*, Madrid 1989, págs. 96-101.
- <sup>(27)</sup> J. M. FLORISTAN IMIZCOZ, *Fuentes para la política oriental de los Austrias: la documentación griega del Archivo de Simancas (1571-1621)*, León 1988.
- <sup>(28)</sup> B. GARCÍA GARCÍA, *La Pax Hispanica. Política exterior del Duque de Lerma*, Leuven 1996.
- <sup>(29)</sup> El providencialismo imperante en la mentalidad colectiva de la sociedad hispana del siglo XVI lleva a considerar que todo ataque de los otomanos es un intento de acabar con la Iglesia, idea que también se extiende en el siglo XVII, M. A. de BUNES "El Islam en los Autos Sacramentales de Pedro Calderón de la Barca" *Revista de Literatura*, 105 (1991) págs. 63-83. Estas consideraciones suponen establecer la guerra mediterránea desde un punto de vista escatológico, especialmente significativo y destacable durante todo el reinado del Emperador.
- <sup>(30)</sup> La ciudad de Túnez siempre fue una urbe relacionada con las actividades corsarias, lo cual preocupó a los gobernantes de las diferentes coronas en los siglos medievales, véase G. DÍEZ DE GAMES, *El Victorial*, Ed. de Alberto Miranda, Madrid 1993, págs. 319-327.
- <sup>(31)</sup> Los Gelbes fueron una de las posesiones más preciadas para los navegantes catalanes medievales por su situación estratégica, su fácil defensa (a la que contribuyeron edificando varias torres) y especial adecuación para establecer una base corsaria, como pretende Dragut (Turgut Reis) en la época de Felipe II. El cronista Ramón Muntaner fue destinado como gobernador de la isla después de su vuelta de Neopatria, como relata él mismo en su crónica, para las relaciones catalanas y el Magreb sigue siendo imprescindible el estudio de Ch. E. DUFOURCQ, *L'Espagne catalane et le Maghreb aux XII et siècles*, París 1966.
- <sup>(32)</sup> Especialmente significativo de esta aseveración es el informe manuscrito que se conserva en la Biblioteca de Zabálburu publicado por E. GARCÍA HERNÁN *La armada española en la monarquía de Felipe II y la defensa del Mediterráneo*, Madrid, 1995, págs. 23-46, son especialmente interesantes las consideraciones que realiza sobre los puertos dependientes del Imperio Otomano. En esta misma línea incide la descripción y derrotero del Mediterráneo del Capitán Contreras.
- <sup>(33)</sup> P. GIOVIO, *Elogios o vidas breves de los cavalleros antiguos y modernos illustres en valor de guerra que están al vivo pintados en el Museo de Paulo Giovio, ... traduxolo Gaspar de Baeça*, Granada 1568.
- <sup>(34)</sup> M. A. de BUNES y E. SOLA, *La vida, y historia de Hayradin llamado Barbarroja [Gazavat-i Hayreddin Pasa]*, Granada 1997, pág. 29.
- <sup>(35)</sup> B. y L. BENNASSAR, *Los cristianos Alá. La fascinante aventura de los renegados*, Madrid 1989.
- <sup>(36)</sup> D. TORRES, *Relación del origen y suceso de los Xarifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudente*, Madrid 1980, Ed. de Mercedes García-Arenal.
- <sup>(37)</sup> D. YAHYA, *Marocco in the Sixteenth Century. Problems and patterns in Africa foreign policy*, Londres 1981.

- <sup>1361</sup> Después de la incorporación de Portugal se plantea el problema de la defensa de las posesiones lusitanas en el Estrecho de Ormuz de las pretensiones holandesas y otomanas. La alianza con la dinastía safawí persa resultaba especialmente importante, razón por la que se comienzan a mandar cuerpos de arcabuceros y embajadores para firmar pactos estables para debilitar al adversario.